

El mal y la pulsión de muerte

*Leticia Flores Flores**

Resumen

En este trabajo se aborda el tema del mal a partir de algunas de sus figuras: la crueldad, el genocidio, la perversión, desde las cuales se hace una reflexión con algunos referentes conceptuales provenientes de la teoría psicoanalítica propuesta por Freud. A partir de conceptos como la Ley, el deseo, la castración, la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición, se aborda la cuestión del mal desde una perspectiva histórica.

Palabras clave: crueldad, pulsión de muerte, Ley, genocidio, mal.

Abstract

In this paper the evil is addressed through some of his figures: cruelty, genocide, perversion, which reflects some conceptual references from psychoanalytic theory has made by Freud. From concepts such as Law, desire, castration, the death instinct and the repetition compulsion, the question of evil is approached from a historical perspective.

Key words: cruelty, death drive, Law, genocide, evil.

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

La historia de las sociedades modernas suelen mostrar el desarrollo progresivo del hombre en busca de su bienestar, de la conquista y el dominio sobre la Naturaleza, así como la consolidación de instituciones sólidas encaminadas a una mejor convivencia entre los seres humanos. Las guerras, genocidios, injusticias, abuso de poder, violaciones a los derechos humanos, forman una parte imposible de negar, pero suele ser considerada como un infortunio de esa historia “oficial”. Hablamos de deterioro social, de desmoronamiento de las instituciones, de injusticia social, de desvinculación, de descomposición social y política, como pérdida de una condición que, en algún momento, la sociedad poseía para sí.

Categorías como enfermedad, anormalidad, sin razón, barbarie, con las cuales se suele calificar el estado de moralidad que guarda una sociedad, se comprenden en términos de déficit de una supuesta salud, normalidad, razón o civilización. Aquéllas enuncian la ausencia o desaparición de algo que antes se poseía. Se piensa que la humanidad se pervierte o se degrada en la medida que se pierden ciertas características que le son inherentes, no como un carácter que le es propio.

Los seres humanos solemos mirar parcialmente la realidad. Tomamos en cuenta más fácilmente lo que permite conservar la idea de equilibrio, de homeostasis, de bien. Es natural que los sujetos procuren para sí la tranquilidad, busquen preservar sus potencias y eviten la angustia que generan las adversidades de la vida. Los relatos que construimos sobre nosotros mismos, tanto sobre nuestro desarrollo histórico como nuestra conformación social y subjetiva, parten de las ideas de orden y progreso social, de la conquista de logros culturales, de avances en los campos del saber, de la ciencia, de la tecnología, en la expansión económica, en el logro de acuerdos y pactos sociales ante la tarea que el mundo social nos impone a todos. La historia de los logros de la civilización se impone por encima de narrativas que muestren la barbarie o el caos como algo inherente en la vida social. La idea de progreso cultural suele predominar frente a las miradas sombrías que

exhiben la crueldad y el horror que los seres humanos somos capaces de mostrar con nuestros semejantes.

Decía Wittgenstein (1987:203) que de lo que no se puede hablar es mejor callarlo. Sin embargo, sabemos que lo que no se dice, reaparece y se repite. Freud (1938), como estudioso del alma humana, mostró en su larga experiencia en el campo de la subjetividad, que el olvido, el silencio o la negación del pasado, son estrategias que quizás permiten evitar la angustia pero implican siempre un costo. Sólo la muerte es gratuita, advertía. Aquellos que han optado por mostrar el lado oscuro de la historia, que se han ocupado de visibilizar el mal que nos habita, han sido llamados malditos, calificados pesimistas, traidores, manteniendo un lugar marginal en la historia del pensamiento occidental.

Cuando partimos de la idea de una inocencia natural, de una bondad innata, inherente al ser humano, que se pervierte y contamina en el contacto y convivencia con los otros, cuando pensamos en una pureza del niño pequeño que se pierde cuando el adulto la tuerce y echa a perder, desmentimos, seguramente de manera involuntaria, nuestra “parte maldita”. Cuando decimos que hemos perdido la libertad suponemos que de ella hemos gozado alguna vez. Resulta paradójico pensar en progreso cultural como una conquista del hombre moderno y argumentar que la tendencia a la crueldad que los niños pequeños muestran de manera universal, los celos, la rivalidad con los hermanos, el egoísmo que se despliega en la relación con los otros, con aquellos que se encargan de su educación y cuidado, se producen por el descuido y desatino por parte de los adultos. Pensar que esos niños serán cuando adultos promotores del mal, es reducir la visión que podemos construir de nosotros mismos. Es desplazar el problema de un lugar a otro sin resolverlo.

La situación social y política que nos toca vivir en México hoy por hoy es insólita sin duda, pero no porque en nuestro país pudimos gozar en un tiempo mítico de justicia, de libertad y de fraternidad. La desaparición de 43 estudiantes en el estado de Guerrero en septiembre de 2014 y las voces que se han alzado por doquier en el mundo en torno a este hecho permiten visibilizar un problema que en el fondo no es nuevo. Más bien se repite a lo largo de la historia, incluso quizá

desde antes que pudiéramos contar con registros escritos de nuestra huella en el mundo.

Las cifras que arrojan algunas organizaciones como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) del número de muertos y desaparecidos en los años recientes en México, 100 mil asesinatos, 23 mil desaparecidos y la escasísima cantidad de detenidos por estos delitos, son la muestra, no de la descomposición de algo que estaba antes de otro modo o mejor, sino más bien la exacerbación de la crueldad que los seres humanos somos capaces de realizar. Permite pensar que el mal puede avanzar hacia formas inimaginables, ilimitadas, si nosotros mismos no frenamos su avance. En la actualidad, en México, como también sucede en muchas otras zonas de conflicto en el mundo, carecemos de estrategias y pactos comunes y efectivos que impidan su avance. Se trata de una situación evidentemente compleja, donde intervienen múltiples factores –sociales, políticos, psíquicos, éticos, económicos. En este trabajo me propongo abordar la cuestión desde una perspectiva predominantemente psicoanalítica, que pueda abonar en las reflexiones que desde distintos campos es urgente producir en torno al tema con el fin de detener este derrumbe que avanza sin mostrar aún qué tan profundo es su fondo. Flaubert sostenía que había que agarrar el mal en una lucha cuerpo a cuerpo “como estrategia para preservarse quizá de ese modo de cosas peores” (Safranski, 2014). El mal forma parte de la realidad humana y más vale precaverse frente a él. Sólo así, quizá, podremos construir una distinta, menos lastimosa que la actual.

El descubrimiento freudiano, nos parece, invita a mirar la raíz desde la cual parten esas figuras que representan el mal que nos habita: la perversión, la crueldad, la violencia, la corrupción, el racismo, el genocidio, entre muchos otros fenómenos que vivimos cotidianamente en todo el mundo y en todas las épocas.

Sin duda, la violencia que vivimos en la actualidad es el resultado de una crisis de las instituciones que se supone nos ordenan y nos indican el camino hacia el bien común. Muchos analistas políticos señalan como punto de fractura del orden social actual, la crisis a nivel político: el modelo neoliberal favorece la emergencia de Estados débiles, fracturados, incluso ausentes –que sirven a intereses propios

y a los grupos de alto poder económico— y que produce deterioro de los pactos sociales, injusticia y caos social. En México, organismos nacionales e internacionales señalan una y otra vez a la corrupción y a la impunidad que impera en nuestro país como “el mal” que corroe todo el tejido social. Sin duda son elementos determinantes frente a la descomposición social que vivimos. Sin embargo es importante no descuidar los factores psicosociales, subjetivos que también participan en ello. Muchos afirman que somos seres gregarios por naturaleza... y ¿por naturaleza nos vemos tentados, ante cualquier motivo, a la destrucción del otro?, ¿o será el malestar cultural el que la provoque? Nadie pone en duda la conveniencia para los sujetos de vivir en comunidad. Incluso la expulsión de ella —aquellos que sufren marginación, exclusión social, por ejemplo— suele considerarse como un acto inhumano. A pesar de ello, los individuos, sean poderosos o pertenezcan a clases sociales poco privilegiadas, ponen en práctica principios bastante lejanos a aquella naturaleza supuesta. No sólo se fracturan los lazos pactados sino desaparece cualquier signo de humanidad y se destruye todo rasgo de civilidad.

En *La horrible historia del mundo* (2003) —curioso libro dirigido a un público infantil y juvenil— los autores seleccionan acontecimientos en los que el ser humano hace gala del goce del mal. Advierten que no agotaron ni el tema, ni los personajes que pudieron haber figurado en sus páginas. Le hacen honor a unos cuantos, célebres hoy en día: entre muchos otros, Atila, rey de los hunos en el siglo V; el rey Juan de Inglaterra en el siglo XIII; Iván el Terrible en el siglo XVI; Gilles de Rais en el siglo XV; Enrique VIII, monarca inglés durante el siglo XVI; el rey Leopoldo II de Bélgica con los esclavos en el Congo a principios del siglo XX; Torquemada por su singular sadismo entre los inquisidores de la santa iglesia católica en el siglo XIII; Robespierre durante la Revolución Francesa; gobernantes de todas las épocas y rincones del mundo, curas, militares, nobles, monjas, en fin, personajes todos ellos sanguinarios que dejaron una huella en la historia, especialmente por su singular crueldad, pasando por alto las leyes tanto divinas como terrenales.

Con singular humor e ironía, constatamos en esta obra que nuestros antepasados se comportaron con sus congéneres tan cruel e inhumana-

namente como lo hacen los habitantes del siglo XXI. Si decimos que el siglo XX nació de las ideas de las grandes revoluciones –de ideales como la libertad, fraternidad, igualdad entre todos– la lección que pudo obtener de ellas pronto fue olvidada: el siglo XX ofreció al mundo dos grandes guerras, más sanguinarias y crueles que ninguna otra. Las formas nuevas de crueldad –genocidios, perversión, guerras, barbarie– fueron quizá antaño inimaginables. Dice Hannah Arendt: “tan pronto un delito ha hecho su primera aparición en la historia, su repetición se convierte en una posibilidad mucho más probable que su primera aparición” (2013:398). Si estas palabras contienen algo de cierto, es impostergable su análisis desde múltiples disciplinas con las cuales poder pensar en estrategias para ponerle freno.

Algunas figuras del mal

Genocidio nazi

Élisabeth Roudinesco, en su libro *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, hace un ilustrativo recorrido histórico de la presencia del mal en la vida humana. Como ella, muchos otros (Arendt, Dejours, Primo Levi, por citar unos cuantos) dedican innumerables páginas al genocidio perpetrado por el régimen nazi en Europa durante la segunda guerra mundial. Suele ser un hecho considerado como inédito, no sólo por la cantidad de víctimas que cobró, sino por las formas de violencia que desplegó así como las bases ideológicas, morales, sociales, legales, económicas que lo hicieron posible. Muchos de estos autores señalan con asombro, cómo la voluntad de hacer el mal, de exterminar a un pueblo, haya emergido en un país que había dado muestras de un grado moral muy elevado. Y no sólo se organizó y emprendió la tarea para exterminar de la tierra a un grupo, sino que se utilizaron métodos y estrategias de una crueldad sin límite. A partir de esta tragedia se reconoció jurídicamente por vez primera, por parte de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en 1946, el delito de genocidio, es decir, el acto mediante el cual un grupo, Estado o

nación manifestó la intención de destruir todo rastro de linaje o de vínculo genealógico de un grupo o un pueblo.

Dejours (2013), por ejemplo, dice:

La reflexión filosófica se vuelve a desplegar a partir de una nueva pregunta: ¿cómo comprender que el nazismo haya emergido en un país que –nadie lo cuestiona– estaba entonces “en el extremo más avanzado de la civilización”? Y es cierto que incluso aquellos que asistieron a este proceso de avance y dominación del nazismo son incapaces de explicar cómo pudieron reducirse a nada todos los resortes éticos, dejando la vía libre al azote de la peste negra (Dejours, 2013:118).

Problema que hace desplazar al autor a otra cuestión también central: de la voluntad de hacer el mal a la movilización en masa para su ejecución.

A pesar de que el holocausto puso en marcha todo un engranaje y una organización que exigió gran coordinación así como la colaboración de casi todo un pueblo, habría que precisar que implicó también la participación de muchos otros países de Europa central y del Este.

Hannah Arendt en su obra *Eichmann en Jerusalén*, interesada por el curso del juicio al que sería sometido este funcionario nazi por la justicia israelita, se pregunta cómo fue posible que a pesar de haber cometido actos de extrema crueldad, los que participaron en el exterminio del pueblo judío –entre otros grupos considerados inferiores– lo hicieron sin sentirse culpables o manifestar arrepentimiento alguno.

Esta filósofa se pregunta cómo un hombre como cualquier otro, ordinario y sin conflictos con la ley, participa en la maquinaria de exterminio nazi de manera tan dócil y obediente. En este libro muestra el papel que Eichmann desempeñó como oficial nazi, al mismo tiempo que lo describe como un ser ordinario, sin grandes dotes intelectuales, incluso opaco, pero sin poseer tampoco rasgos perversos, criminales o locos. Ni líder o fanático nazi, ni tampoco sumiso absoluto. Era un sujeto banal, como también lo fueron los sentimientos u opiniones que expresó ante los hechos de los que se le acusó. Se amparó, para justificar sus actos, en la idea de haber obedecido una ley... una ley que mandaba matar.

La ley no es un asunto que concierne solamente al campo jurídico. Si bien es objeto de estudio del derecho, también está implicada en el campo de la estructura subjetiva, en la medida en que se articula en la constitución del ser humano como sujeto social. El sujeto, evidentemente, se encuentra vinculado con un orden social que lo organiza, le da un lugar, instituyendo las acciones permitidas, así como las prohibiciones. Éstas no sólo coaccionan desde “afuera”. También lo hacen, y a veces de manera más enérgica, desde el “interior” del sujeto.

En uno de sus trabajos más importantes, “Tótem y tabú” (1913-1914), Freud propone analizar la forma como se inscribe la Ley en la estructura subjetiva, así como su origen y efectos.

A partir del mito del padre tirano de la horda primitiva, el cual ejercía un dominio absoluto sobre los demás miembros del clan, Freud propone una tesis que explicaría cómo ese padre odiado, no sólo fue asesinado por los hermanos sino, por un efecto retroactivo, inaugura el orden legal, social, institucional en el seno del grupo. Los efectos, quizás inesperados, tras matarlo y devorarlo, fueron la emergencia de la culpa a causa de los sentimientos amorosos que también le proferían, por los sentimientos amorosos que también despertaba. Tras el arrepentimiento, los hermanos se vieron ante la necesidad de establecer una *legislación*, acuerdos comunes, pactos, que permitirían reglamentar sus relaciones y sustituir al padre muerto. Dicho acto haría posible vivir en comunidad bajo condiciones de seguridad y cierta armonía para todos –igualdad, justicia entre cada uno de sus miembros.

A partir de esta hipótesis se puede extraer una reflexión que permite comprender el fundamento de la Ley, de la Ley simbólica: a partir de un crimen, del asesinato del padre, se instaura el orden social. La sociedad, las instituciones, la religión nacen a partir del común acuerdo del clan de la obediencia a los pactos que se desprenden de su crimen. Con este mito también podemos ver las vicisitudes que la Ley misma implica. La Ley posee una falla estructural –haberse fundado en el asesinato del padre primordial– y una lógica: la culpa sobre la que se organiza.

Una de las ideas fundamentales del psicoanálisis es que los seres humanos nacemos cuando menos dos veces. Una vez de la madre, para acceder a la vida biológica y otra vez del padre para hacerlo a la vida política. Ambos son hechos jurídicos, pero al mismo tiempo son hechos

sociales cargados de significación, puesto que ordenan los procesos que rigen nuestra vida y dan sentido a nuestras acciones.

En la medida en que el hijo nace del Padre, el sujeto se integra al mundo de la Ley. Es necesario volcarse hacia el Padre, como promesa del falo, es decir, como lugar desde el cual el sujeto puede tener la libertad de desear, la posibilidad de separarse respecto de la relación dual con la madre y construir por sí mismo su destino. Es lo que desde el psicoanálisis se llama *ser deseante*. Ello implica bordear siempre la condición de la falta. Sin embargo, este segundo nacimiento se encuentra lleno de vicisitudes. Cuando fracasa, el sujeto se encuentra en lo que psicoanalíticamente se conoce como incesto. Pero no hay que tomar este término en el sentido jurídico. Desde esta perspectiva el incesto es un evento sancionado por las leyes sociales –por cierto penado en la mayoría de los Estados. Desde nuestra perspectiva, incesto querría decir haber accedido a la vida biológica y quedarse atrapado ahí, sacrificando su propio deseo para satisfacer la demanda de ese Otro materno. El sujeto incestuoso, es pues el sujeto que no puede acceder al mundo de la Ley. Se insiste poco cuando se advierte que no se trata de personajes –la madre, el padre– sino de lugares o funciones. Por eso Lacan se refirió al padre en términos de un nombre, un significante, una palabra.

Shakespeare, del que Freud se sirvió innumerables ocasiones, muestra en muchas de sus obras esta articulación del inconsciente y el deseo con la ley, y al mostrarlo constatamos la dimensión trágica del destino humano, *la falta* como condición humana y lo irreductible de las pulsiones como elemento fundamental de las fallas que muestra nuestra civilización. El fenómeno del nazismo, como todo acto de barbarie, puede ser abordado a partir de estas reflexiones. Ese odio extremo a la diferencia, al otro, nos remite a la realidad de la castración –simbólica–, la cual desmentimos o negamos al grado de resultar a veces tan insoportable. Arendt advertía también de las vicisitudes por las que el sujeto atraviesa en sus vínculos con la Ley, no sólo jurídica sino sobre todo subjetiva. La torcedura que algunos personajes son capaces de infringirle –a la Ley simbólica del Padre– sin reconocer el sinsentido de sus argumentos y justificaciones, se debe quizás a las mismas grietas estructurales que constituyen su esencia. Es así que en

nombre de una ley, incluso por obediencia a ella, se pueden cometen los actos más atroces, sin –aparentemente– culpa alguna.

El fenómeno de la crueldad

Aunque quisiéramos tomar otros ejemplos de la historia –que hay muchos–, las palabras de Himmler, oficial nazi, no pueden ser más ilustrativas, sobre todo cuando fueron pronunciadas públicamente en un discurso oficial: “Sabemos muy bien que lo que de vosotros esperamos es algo sobrehumano, esperamos que seáis *sobrehumanamente inhumanos*” (Arendt, 1999:156).

La pulsión de muerte se le hizo evidente a Freud tras ciertos fenómenos que resultaba insuficiente abordar a partir de la oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo o de autoconservación. La inclinación a la crueldad, las manifestaciones de odio, la compulsión a la repetición de lo mismo, se evidenciaron como parte fundante del ser humano. La agresividad fue considerada como una tendencia pulsional ligada a la vida sexual de los individuos. Desde la mirada psicoanalítica, “todo humano está habitado por el crimen, el sexo, la transgresión, la locura, la negatividad, la inversión, etcétera” (Roudinesco, 2009:113). Sin embargo y paradójicamente, esta disposición Freud la coloca en la base del pasaje a la vida normada y regulada por el orden simbólico, es decir, al orden social. Todo individuo, desde esta perspectiva, es potencialmente un criminal. Se trata, en la tarea cultural, de que el sujeto integre la Ley a partir de las grandes prohibiciones a su mundo subjetivo y de esta forma viva en comunidad con los otros. Es decir, que en su paso por la vida social e institucional, el ser humano debe renunciar a sus pulsiones egoístas, crueles, transgresoras.

Cuando estalla la guerra de 1914, Freud no puede evitar interrogarse sobre lo que se encuentra en la base de una civilización que hasta entonces se había mostrado fiel a los valores y principios éticos fundamentales de la vida en común. Mientras los conflictos no interfirieron en su organización y forma de vida, los pueblos pudieron dar muestra de un alto grado de civilidad. Parecía que los Estados se habían erigido como guardianes de la justicia haciendo valer el derecho

que posibilitaría la convivencia humana. En este trabajo Freud confiesa: “erramos juzgando a los hombres mejores de lo que en realidad son” (1915:284). Cuando aparece la Discordia,¹ el vínculo con los otros se puede ver profundamente alterado. En esos casos, *el otro* es negado en su propia esencia.

Unos años más tarde Freud planteará que existe un tipo de pulsiones autónomas, tendientes a la inercia y al estado inorgánico. La compulsión a la repetición de la que damos innumerables pruebas a lo largo de nuestra vida y que está presente en los síntomas psíquicos, es muestra de ello. El principio del placer como principio regulador de los fenómenos de la vida psíquica es desplazado por la idea de un más allá de ese principio.

Estas reflexiones entonces lo llevarán a formular la oposición entre Eros o pulsiones de vida, que buscan la unión, la cohesión, y Tanathos como pulsión de muerte, que busca el estado anterior, inorgánico, la inercia psíquica. El sadismo, por ejemplo, es una pulsión de muerte que posteriormente entrará al servicio de la pulsión sexual. Tesis que presupone ya la idea de un odio original, pulsional, que puede sufrir diversos destinos. Por eso Freud dirá:

El prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (1930:108).

En “El malestar en la cultura” Freud explora también las relaciones que guarda la pulsión de muerte con la culpa y el superyó. Ahí nos advierte que “el propósito de que el hombre sea dichoso no está contenido en el plan de la Creación” (1930:76). La infelicidad que padece el hombre se debe no sólo a la hiperpotencia de la naturaleza y a la fragilidad del cuerpo humano, sino también tiene una fuente

¹ En referencia a la clásica oposición que hizo Empédocles en el siglo V a.C. entre las fuerzas del Amor y las del Odio o Discordia.

social. Se sufre también ante la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos sociales. Dichas normas se caracterizan por superponer al poder del individuo, el derecho de la comunidad. De esta manera es como nace la justicia o el orden normativo que garantiza a la comunidad dominar el poder y la violencia del individuo aislado. De ahí la paradoja del sujeto que colabora para establecer una vida armoniosa en comunidad. Aunque lo logra sólo sofocando el poder y la violencia que emanan de él. Por eso Freud insistirá, en “El malestar en la cultura”, que para vivir en sociedad es necesario que el individuo contribuya sacrificando la satisfacción de sus pulsiones.

Freud se pregunta cómo es posible sustraer la satisfacción a una pulsión si la ley jurídica no es un elemento suficiente para lograr sofocar las tendencias egoístas y agresivas del ser humano. Este problema lo conduce a plantear la hipótesis de que la agresión tiene que ser de nuevo enviada hacia el propio yo y contraponerse a él como superyó. Así se forma la conciencia moral.

Einstein, en una carta que le envía a Freud para intentar responder a la pregunta sobre las razones que nos llevan a los seres humanos a la guerra, adelanta: “Sólo hay una contestación posible: porque el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción” (Freud, 1933:185). No podía estar más en sintonía con las tesis freudianas. Incluso sostiene la idea de que no hay ninguna política capaz de erradicarla. El físico le sorprende con estas reflexiones. Es la pulsión de muerte la que estará en el centro de lo que Freud responderá en este intercambio.

Derrida, en *Estados de ánimo del psicoanálisis* (2000), insiste en la necesidad de la coerción, de contar con, además de más leyes, acuerdos y normas sociales para que la justicia pueda ponerse en práctica en la comunidad, pues afirma que el derecho por sí sólo no es capaz de forzar a los hombres a erradicar el mal. Y es que tenemos que reconocer que ahí hay algo irreductible, mortífero. Así como Einstein lo intuía también. De ahí que se piense que la agresión y la crueldad no son hechos azarosos, sino poderes indestructibles, causa última del conflicto humano. Tenemos aquí Amor y Discordia –tal como Empédocles postulaba en el siglo IV a.C.–, los dos principios que mantienen una eterna lucha entre sí y que dan por resultado los fenómenos de la vida,

hambre y amor o amor y muerte. En la muerte vemos generarse una inercia psíquica que disuelve todo vínculo como poder de destrucción.

Para Derrida, lo más rigurosamente psicoanalítico y al mismo tiempo político en Freud es aquello que tiene que ver con la crueldad. Si el psicoanálisis tiene una función subversiva y posee un poder de poner en crisis y de interrogar el mal, es alrededor de la tesis de la pulsión de muerte, pues a partir de este concepto es que podemos comprender los graves problemas de este mundo, un mundo que a pesar de sus intentos de promover el derecho internacional, ha fracasado hasta ahora en la constitución de la Sociedad de las Naciones, lo que más tarde devendría la Organización de las Naciones Unidas, es decir, en la lucha por el derecho a la vida y por la paz. Por ello, como decía Arendt, se manifiestan nuevas formas de guerra que no desaparecen, se recrudecen el terrorismo y la tortura como casos que no dejan de mostrarse de forma cada vez más brutal, nuevas formas de crueldad inimaginada. Si bien el psicoanálisis no es el único discurso capaz de responder a la gran interrogante que abre la crueldad, no se puede proyectar hacer una reflexión sin él. Derrida insiste en la urgencia de ceder ante una doble resistencia. La resistencia *del* psicoanálisis a abrirse, a dialogar con otros discursos, pero también la resistencia *al* psicoanálisis del mundo globalizado. El discurso positivista, los axiomas metafísicos de la ética, el derecho y la política no han sido aún “desconstruidos” por el saber psicoanalítico, ni éste ha construido aún los caminos para dialogar con aquellos discursos.

Este análisis de la crueldad, de una crueldad psíquica, irreductible, es lo que constituirá el aporte inédito, por parte de la propuesta freudiana, para pensar en formas de resistencia e inventar los caminos por los cuales se tendrá que transitar hacia una mejor sociedad.

Bibliografía

- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén*. España: Lumen.
 Deary, T. y M. Brown (2003). *La horrible historia del mundo*. Barcelona: Ed. Molino.

- Dejours, Ch. (2013). *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires: Ed. Topía.
- Derrida, J. (2000). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1913-1914). “Tótem y tabú”, *Obras completas*. vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- Freud, S. (1915). “De guerra y de muerte. Temas de actualidad”. *Obras completas*. vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1920). “Más allá del principio del placer”. *Obras completas*. vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1930). “El malestar en la cultura”. *Obras completas*. vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1933). “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)”. *Obras completas*. vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1938). “La escisión del yo en el proceso defensivo”. *Obras completas*. vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- Roudinesco, E. (2009). *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*. Barcelona: Anagrama.
- Safranski, R. (2014). *El mal o el drama de la libertad*. México: Tusquets Editores.
- Wittgenstein, L. (1987). *Tractatus Logico-Philosophicus*. México: Alianza Universidad.